

Justitia elevat gentes;

Miseros autem facit populos peccatum.—Prov. XIV 34.

BIBLIOTECA NACIONAL MEXICO

México.—MIÉRCOLES 4 DE NOVIEMBRE DE 1908.

Año XXXIX Núm 162

EL TRABAJO SIN DIOS.

—Amigo mío, he leído «El Martillo de San José» y lo encuentro a Vd. bastante exagerado. Ataca vd. desoportunamente la industria y los adelantos modernos. No sé dónde va V. a parar.

—Dispense V. amigo; pero V. no ha leído bien mi capítulo; yo no ataco los adelantos ni la industria; lo que ataco es la mala dirección que han tomado, pues por ella, en vez de ir hacia la civilización, sabe V. a dónde vamos?

—¿A dónde?

—Al taparrabos.

—Hombre, ¿qué cosas tiene V!

—Lo que V. oye. Mi capítulo ha tenido por objeto probar que uno de los males que amenazan al mundo moderno es de que éste ha torcido la dirección del trabajo humano: de que el hombre no trabaja ya para vivir y perfeccionarse, sino para gozar y enriquecerse; en una palabra, que ha olvidado la doctrina cristiana, por lo que ya no va hacia adelante, sino hacia atrás.

—Pero hombre, ¿por qué tienen ustedes, ciertas gentes, ese afán de mezclarlo todo con la doctrina cristiana? ¿hacia la industria y el trabajo?

—Porque sin esa doctrina, ni el trabajo da buen fruto, ni la industria buen resultado.

—No lo comprendo.

—Pues es muy fácil. Figúrese V. (y empecemos por el trabajo) que yo soy un pobre obrero que vivo de mis brazos y necesito todo mi jornal para la manutención de mi familia. Si estoy montado a la antigua, es decir, si pienso y obro como católico, me haré la siguiente cuenta: «Triste en esta vida que llevo triste tener que pasar un día y otro día trabajando como un azacán para ganar el pan con el sudor de mi frente, y luego por todo goce, andar siempre en estro buras, y tal vez tener que sacrificar hasta el placer del cigarro para alimentar a mis hijos, pero; ¿cómo ha de ser? ¿este mundo no venimos a gozar, sino a merecer; cada uno ha de tener su cruz, bendita sea la mía, que cuando Dios me la envió de esta clase, es sin duda porque se ajusta mejor a mis hombres».

Después de todo, puesto que el Evangelio ha llamado bienaventurados a los pobres, y a los ricos los compara a unos camellos que para salvarse han de pasar por el ojo de una aguja más vale ser pobre que ser camello. El obrero que piensa de esta manera, con seguridad es honrado, es laborioso, es fiel, vive con orden: no derrocha ni se embriaga, no arma revoluciones: en una palabra, da buen fruto a sí mismo, a su familia y a la sociedad.

Pues hagamos la oración por pasiva. Figúrese V. que es elegido por las «verdaderas» doctrinas y da calentada mi cholla por esos periódicos de taberna que hoy se han dedicado a comer con el pueblo, sacándole el jugo mientras le hablan de «libertad» y de «curas», me dedico al trabajo no para vivir cristianamente y educar a mi familia sino para realizar esos sueños de oro y de placer que difícilmente se realizan en esta vida, porque precisamente lo impide la misma pasión que los engendra: ¿qué sucederá? que mi trabajo será como el del esclavo; violento, forzado, y hasta peligroso.

—Atrévase, si no, cualquiera a poner al frente de sus negocios un obrero de este género.

No lo hará; ¿por qué? porque a quien trabaja de este modo no puede pedírsele ni grandes sacrificios ni grandes virtudes. Lleva en su corazón un veneno que le destruye todas.

De ordinario, esta clase de obreros viven ansiosos, descontentos, llenos de vicios; malgastan en la taberna la mitad de su jornal, y gracias si dejan la otra mitad a su familia para que la coma mojada en lágrimas. Regularmente ellos son la comparsa de todas las revoluciones, el instrumento de todos los ambiciosos y el pagote de todos los mentes.

—¡Infelices! Si alguien les dijera al oído: «estáis engañados, buscáis un imposible; a este mundo ni el rico ni el pobre vinieron a gozar. Lo que llamáis grandes fortunas, tal vez son grandes desdichas. El trabajo humano no tiene por objeto la riqueza sino la perfección. Dominad, aprended a sufrir, que sin el sufrimiento, ni el pobre ni el rico consiguen nunca la felicidad.» ¡Oh! si se les dijera esto, la vida de esos pobres cambiaría por completo.

—Efectivamente, comprendo que ciertas ideas influyen mucho sobre nuestro modo de obrar, pero no comprendo la relación que tengan con la industria.

—Porque V. no ha pensado que la industria no es sino la ampliación del

trabajo. La industria sin Dios ha hecho lo que el trabajo sin Dios, torcerse, y en vez de un adelanto convertirse en un retroceso.

Dios dispuso al hombre el trabajo como un verdadero elemento de progreso, como un medio de perfeccionar su espíritu y de perfeccionar su cuerpo. ¿Y la industria qué ha hecho de él? Todo lo contrario. Un medio de centralizar la riqueza y de refinar el lujo.

Y si no, dígame V. ¿qué está haciendo hoy esa industria en el mundo? ¿acaso alimentando la sociedad y perfeccionándola ó acaparando el trabajo individual, mientras llena al individuo de nuevas necesidades?

Yo quisiera que V. meditase sobre esta obra de instrucción social, hija del olvido de Dios y base de nuestras desdichas.

En vano se tratará de defenderla con sofismas y peroratas.

El trabajo tiene por objeto «alimentar y perfeccionar al hombre», y la industria moderna ha hecho de él una especie de feudalismo que arruina al pueblo y lo corrompe.

¿Por qué? Porque esa industria sin Dios, para vivir, necesita dos cosas que ha buscado siempre: «ahorro de trabajo y muchos compradores».

El ideal del fabricante de abanicos sería inventar una máquina que le permitiera a él sólo hacer todos los abanicos del mundo sin gastar un jornal.

El del fabricante de paraguas, idem por idem.

El del fabricante de relojes, idem de lo mismo.

Es decir, que cada uno quisiera producir él sólo y que los demás consumiesen; pero ¿qué va a consumir el que no produce? ¿Con qué va a comprar el producto quien no trabaja?

—Te lo daré barato, dice la industria tentando su vanidad y presentando en lujosos escaparates un millón de baratijas que llenan de descos los ojos, mientras dejan amargo el corazón.—Compra, le dice al pobre, viste elegante, goza de la vida; ya ves cuantas cosas bonitas producen mis fábricas, pero...no me pidas trabajo, porque la maldita competencia me obliga a reducirlo.

—¿Y eso es progresar?

Pues dejemos ese lado de la industria sin Dios y tomemos otro.

—¿Qué no está haciendo hoy, esa industria para corromper a la sociedad con tal de ganar dinero?

El «ramo» de láminas indecentes, de libros indecentes, de fotografías indecentes, de objetos de arte indecentes, ha llegado a un extremo tal, que real y verdaderamente forma ya un ramo aparte. ¿Pero qué ramo!

Pues no digonada el de las sustancias falsas, el de los medicamentos falsos, los alimentos falsos, las bebidas falsas.

Sobre todo, hay cosas admirables: se falsifican ya hasta los huevos crados.

Va a llegar el día en que antes de comer un plato de arroz ó beber una

copa de vino, tendremos que hacer un análisis químico.

Y es que desde la física y la química hasta la más insignificante de las ciencias y las artes, todo se ha puesto ya al servicio de la codicia por un lado y de la mala fe por otro.

Es decir, que por todas partes se sirve al diablo, y únicamente deja de servirse a Dios.

Seguramente su justicia es ramo que produce poco.

Mas ¡ay! llegará día en que se sabrá la importancia que tenía ese ramo.

Cuando los pobres sin Dios, llenos de odio y puestos enfrente de los ricos sin Dios, llenos de codicia, den la gran batalla, cuyas primeras escaramuzas se escuchan ya por Londres y Bruselas, entonces el cañón de una parte y la dinamita de otra, se encargarán de demostrar lo que es la civilización sin doctrina cristiana.

Quiera Dios que antes de llegar ese caso se convenzan todos, de que solo el Evangelio tiene fuerza bastante para enderezar el corazón de los hombres, y que solo por la vuelta de las virtudes predicadas por Cristo, es como puede volver el mundo al verdadero camino del progreso.

ADOLFO CLAVARANA.



La lectura para los Obreros.

Hemos sido consultados por algunas madres de obreros y últimamente por dos ó tres de éstos, sobre si consideramos útil la lectura para la gente del pueblo, gente que, de algún tiempo a esta parte, se viene aficionando a ella, particularmente a la de los periódicos que, á impulsos de los vociferadores provocan á leer.

Hemos dado nuestra opinión con toda

lealtad y de acuerdo con los dictados de nuestra conciencia, pero deseando que nuestra manera de pensar acerca de tan importante materia, sea conocida del mayor número de interesados, á fin de proporcionar el bien que nos proponemos, vamos á exponerla y apoyarla en el presente artículo.

En términos generales, puede decirse que la lectura es útil y por lo mismo conveniente, lo mismo para el obrero que para cualquiera otra persona, puesto que ella constituye uno de los elementos de instrucción y de cultura de la sociedad; pero como al mismo tiempo la lectura es ó puede ser la base de la

perversión de las costumbres y el principio del extravío de las ideas, no puede aconsejarse ni permitirse en su caso, sino es con las prudentes restricciones que impone el bien de la sociedad, el interés de las familias y el amor á los semejantes.

Nadie podrá negar de buena fe que, tanto entre los libros y folletos, como entre los periódicos de todas formas y condiciones,—más en estos que en los primeros,—hay innumerables que son profunda y radicalmente malos por sus tendencias malsanas y por sus efectos desmoralizadores, y que por su forma son también con desdichada frecuencia

incapaces de contribuir á la cultura intelectual de la gente que lee.

Prescindiendo del espíritu anticristiano de incontables publicaciones y de la fiebre anticlerical de infuertos periódicos, nocivos unos y otros, por lo mismo, como lo confiesan hasta los disidentes de buen fondo y de rectitud, hay todavía una clase de libros y de hojas que propagan ideas antisociales, que predicán de mil modos el desorden y aun la anarquía, que procuran desenfrenar los malos instintos del populacho, que aniquinan el fondo moral de los ciudadanos y que burlan y escarnecen lo más respetable y lo más santo que vive en el fondo de la conciencia.

La lectura de tales obras, no sólo es esencialmente mala sino peligrosa y de consecuencias tremendas, como lo ha demostrado mil veces la luctuosa experiencia de pueblos más ilustrados que el nuestro. Esta lectura no puede aconsejarse; al contrario, por espíritu de patriotismo, de caridad, de conmiseración, debe evitarse á toda persona, y especialmente al pueblo, tan propenso á apasionarse y pervertirse.

Naturalmente los libros y periódicos que instruyan, moralicen, enseñen algo útil ó diviertan sin corromper, no sólo pueden ser permitidos á los obreros, sino aconsejada su lectura como un medio de civilización y de mejoramiento. La lectura así, escogida y luego practicada con atención y persistencia, suaviza las costumbres, inculca ideas sanas de orden y de trabajo, ilustra al lector en sus ordinarias ocupaciones, enseña las novedades de las industrias y los adelantos en las profesiones, moraliza los actos humanos y finalmente borra las asperezas del carácter ó de la mala educación.

¡Buena es la lectura de lo bueno! Mala, imprudente, insensata la de lo malo! Y no se olvide que abunda actualmente, en inmensa desproporción, más lo malo que lo bueno en materia de lectura y más todavía en las que el pueblo puede proporcionarse con el centavo que inconscientemente despilfarrará.

Cuando se nos pregunta si es conveniente y útil la lectura para el obrero, nos parece que, en diferentes términos, se nos consulta si es bueno y útil permitirle el alimento. Al primer impulso el natural, al que se impone, la respuesta tiende que ser afirmativa; pero dando lugar a la reflexión, los términos de la respuesta tienen que ser menos terminantes, meros decisivos: si el alimento lo es de veras, si no está descompuesto, si no está contaminado, sino contiene mezcla de elementos tóxicos, debe dársele, debe haber empeño en que lo tome y lo aproveche, porque es humanitario hacer bien al necesitado; pero si el alimento ha llegado á la descomposición putrefacta, si está lleno de bacterias patógenas, si contiene elementos tóxicos, deben prohibirse, debe retirarse de su alcance, particularmente si el hambre lo hace apetecible; debe destruirse en previsión de las funestas trascendencias de su ingestión.

Lo dicho del alimento, por idéntico motivo debe decirse de la lectura, que es el alimento del alma: si la lectura es moral, instructiva, si no está impregnada de microbios, si al deleitar no perverte, permítase, aconsejese, proporciónese al obrero como á toda persona que anhela ilustrarse y mejorar; pero en ningún caso, cediendo á una preocupación trascendental, se consienta la lectura que no tenga esas cualidades, porque el resultado será igualmente deplorable para el desdichado que se entre con semejantes lecturas y para la sociedad que tendrá que abrigar en su seno esos enfermos infecciosos más graves que los que sufren padecimientos físicos de la misma naturaleza.

Pero ¿cómo podrá el obrero poco instruido y hasta muchas de las personas que blasonan de inteligentes y sabias, conocer los libros y periódicos que puedan serles provechosos y distinguirlos de aquellos que llegarían á serles funestos? Lo mejor es consultar á hombres prudentes y de rectas ideas, particularmente á los Sacerdotes católicos, que nunca procurarán inducir en engaño si son interrogados; pero si esto no fuere posible a guna vez, sirva de regla de discernimiento lo siguiente: todo libro, folleto ó periódico liberal y todo libro, folleto ó periódico elogiado ó recomendado por el liberalismo es malo, y por lo mismo debe evitarse su lectura aun como sola ocasión de esparcimiento; los libros, folletos y periódicos mirados con desdén ó criticados ó hostilizados por los liberales, generalmente han de ser buenos y por tanto puede permitirse y hasta recomendarse su lectura.